




CON CORAZÓN DE “PADRE”




Jerónimo asume al muchacho no meramente como educador, asistente o guía..., sino como “padre”. Genera y acompaña entre angustias y alegrías, trepidación y esperanza, unas “vidas” y las proyecta hacia el futuro, en la libertad.

Asume al otro como parte vital de sí mismo, asume plenamente su identidad (a veces desfigurada), su mundo, su fragilidad, su luz y su sombra, su rebeldía, su incoherencia, su contradicción y su pecado.

Carga con todo esto, serenamente, sencillamente, sin prevenciones. Estos niños no son sus hijos, pero también llegan a ser “plenamente sus hijos”. Los ama auténticamente y les permite, con todo derecho y libertad, que lo llamen “padre”.

Tener un “corazón de padre”, supone un proceso de identificación y es una constante en la acción pedagógica, un estilo de actuación, que supone la aceptación incondicional y el establecimiento de una “relación empática”. Ser “padre y madre” para los niños, es un elemento pedagógico válido y básico. El hijo entiende cuando su papá lo quiere; el niño entiende cuando su Educador lo quiere de verdad. Aquí es cuestión de amor y de “capacidad de amar” (sabiendo que no existe libro, curso o universidad que pueda enseñarlo).





Según este enfoque, el “trabajo educativo” del Educador supera todo precio, va más allá del mero asunto laboral y es un tipo de trabajo que no puede cuantificarse: pues, el amor no se paga. Queda la tarea básica de ayudar a humanizar nuestros ambientes educativos para volverlos siempre más “familia” y para volverlos “vida”.

